



EL ORO DE LOS SUEÑOS

Aquel rumbo ordenado por don Pedro de Rueda, entre nortecuarta al nordeste y nornordeste - como supe cuando, gracias a las explicaciones del timonel, fui capaz de interpretar los giros de la aguja de gobierno sobre las cuartas de la rosa de los vientos - resultó certero: al avistar tierra, y tras breve búsqueda, hallamos que el mar estaba turbio por grandes corrientes de agua dulce que desembocaban en varios ramales, a través de un delta que medía bastantes leguas y donde estaban depositadas grandes extensiones de tierra y arena, guijarros e infinidad de troncos y matorrales arrastrados por el enorme caudal.

Comenzamos a remontar el río cuidando de no encallar en los ajos, pero el cambio de los vientos y la necesidad de luchar contra la corriente hizo la travesía lenta y penosa.

Las aguas estaban pardas como el barro y se veían, entre las arboledas de las orillas, pequeños poblados de casas de madera y chozas cubiertas de hojarasca. Sin duda sus habitantes se escondían, pues no pudimos descubrir a ninguno, aunque oíamos las señales de los tambores.

— Ya pasaron por aquí descubridores - comentaba el piloto - Estos no son aquellos indios que encontró don Cristóbal Colón, tan mansos, que le llevaban, con amor, de comer y de beber.

Pescamos bastantes peces, algunos gigantes y otros muy extraños: un barbo que pesó nueve arrobas y un pez que tenía el labio superior en forma de pala, tan largo como un tercio de todo su cuerpo.

A don Pedro, la lentitud del desplazamiento le tenía desasosegado. El piloto comentaba que era tal su ansiedad, que quería interpretar el plano más de acuerdo con sus deseos que con la realidad, asegurando que nos encontrábamos en puntos del mapa mucho más adelantados de lo que permitía suponer la cuenta de las leguas verdaderamente recorridas.

Por entonces yo estaba incorporado a las guardias nocturnas, y me abstraía en la contemplación de la arena que se vertía desde un ventrículo al otro de la ampolleta.

Sin que hubiese razón para ello, encontraba una misteriosa similitud entre aquel tiempo hecho arena, que tan implacablemente fluía, y el agua del río, tan densa y ancha, interminable, sobre la que nos deslizábamos, como si ella fuese también, más que un símbolo, otra forma física del tiempo.

Pasadas varias jornadas, desde que comenzamos a remontar el inmenso río, divisamos un poblado grande, presidido por una pirámide oscura, que parecía de tierra, y sobre ella la forma de un templo, aunque tampoco de piedra, como los que en mi tierra estaban dedicados a la antigua religión, sino de cañizo y hojarasca. Como en los poblados anteriores, no se veía un solo habitante, ni animales.



El Adelantado decidió saltar a tierra, a una distancia de media legua del solitario poblado. Luego, hizo que nos preparásemos para desembarcar y establecer el campamento que sería el primero en la ruta del descubrimiento.

Cuando terminamos de instalar el real - que así se denomina el campamento en jerga militar- y sentar las tiendas y cobijos - colocando para doña Ana un hermoso pabellón carmesí, que destacaba como una llamarada- se desbrozó, para seguridad de todos, un ancho círculo de maleza alrededor. Era casi de noche. Los navíos quedaron fondeados cerca de la orilla y se ordenaron las escuchas y las guardias.

La preocupación inicial de don Pedro era conseguir indios guías, así como otros que conociesen lenguas diferentes de las que sabíamos Lucía, Ginés y yo mismo. También necesitaba tamemes, como se llama a los portadores de la carga e impedimenta en palabra de la vieja lengua que adoptaron los españoles.

Aunque no habíamos visto en toda la jornada ningún ser vivo, pudimos en la noche contemplar el lejano resplandor de varias hogueras. El Adelantado dispuso que se desplazase al siguiente día hasta el poblado una patrulla portando regalos, para ajustar una cita con los caciques.

Al alba, apenas hubo sonado la diana, el maestro de campo ordenó que fuesen al poblado tres jinetes y seis peones, entre ellos un arcabucero, acompañados de un negro esclavo que cargaba con los regalos para los caciques: cuentas de vidrio, cascabeles, panderos, aretes de latón, gorras y bonetes.

Poco después se oyó un tiro y todo el campamento se sobresaltó. Dio orden el Adelantado de tocar generala y que un escuadrón galopase hasta el poblado para ayudar a los nuestros, si era preciso. Mientras tanto, se organizó la defensa del real, con distribución de tropas y retenes.

Mi padrino llevaba el mando de un escuadrón. Regresaron un par de horas más tarde, trayendo heridos de flecha varios hombres, entre ellos tres tan malamente, que uno moriría aquella misma noche y los otros dos al siguiente día. Traían también con ellos dos indios maniatados.

Contaban que, cuando llegaron al poblado, se encontraron una multitud de indios rodeando a nuestros hombres, que se defendían con sus ballestas. Al parecer, los indios permanecían a tiro de flecha y huían si se iba tras ellos a pie, para volver en el momento que se daban la vuelta sus perseguidores. Se movían mucho, para impedir la puntería, y manejaban sus arcos con tal destreza que tiraban tres o cuatro flechas en lo que uno de nuestros ballesteros hacía un tiro. Eran las suyas flechas muy pesadas, algunas con un huesecillo o una piedra en la punta, aunque las que estaban simplemente aguzadas eran más peligrosas, capaces de atravesar una cota de malla.

El escuadrón había dispersado a los indios, persiguiéndolos a galope, y regresó tras capturar aquellos dos y recoger a los heridos.

El Adelantado estaba furioso. Interrogó a los cautivos durante largo tiempo. Para ello, había convocado a cuantos conocíamos lenguas indias, así como a un cocinero vascongado que sabía bien la lengua de su tierra, pues se decía que aquella



tenía parecido con la de los indios, hasta el punto de que, predicando en vascuence, algunos misioneros habían conseguido conversiones y bautismos multitudinarios.

Resultó Ginés el interlocutor más adecuado, pero era bastante difícil entenderse, quizá porque nuestros prisioneros no lo deseaban. Al cabo, don Pedro, muy serio, mandó que se sacasen de los barcos todas las lombardas, salvo dos, y se acercasen al poblado.

El acarreo fue largo, pero se consiguió gracias al esfuerzo de los caballos. Cuando las piezas estuvieron instaladas, el Adelantado ordenó cargarlas con su pólvora y munición y luego hacer fuego: se produjeron las grandes detonaciones y los proyectiles acertaron en varios edificios, que se desplomaron o quedaron muy dañados.

Entonces, el Adelantado se dirigió a los cautivos, que manifestaban gran temor, y por medio del lengua Ginés, les comunicó que continuaría destruyendo el poblado, y del mismo modo los sembrados y los huertos, si el cacique y señor de aquellas tierras no se presentaba delante de él antes del oscurecer. Mas que, si se presentaba, le haría buenos regalos y le perdonaría el mal que habían hecho a nuestros soldados. Y después de esto, dejó que se fuesen.

El cacique, rodeado de casi cincuenta indios, llegó a media tarde. Gracias a Ginés, el Adelantado y él se entendieron claramente.

Don Pedro abrazó al cacique, con muestras de mucho afecto, y le dijo que éramos hijos del sol, que veníamos de donde el mismo sol habitaba y que buscábamos en aquellas tierras el mayor señor, una reina llamada Yupaha, que vivía en un templo de oro.

Dijo, con muy solemnes ademanes, que traía para todos la amistad y tutela del mayor rey de la tierra, Su Majestad el Rey de España, y noticias del único Dios verdadero y de la verdadera fe, que en su momento les explicaría.

Cuando terminó su parlamento, le entregó, como obsequio, bonetes y cuentas, cascabeles, espejitos, y un cuchillo que el cacique valoró sobremanera. Entonces, don Pedro le pidió hombres para portar nuestro equipaje y mujeres para cocinar. También solicitó que nos proporcionase maíz y alimentos para el viaje.

El cacique - un indio fornido, que llevaba los brazos labrados y todo el cuerpo y el rostro pintados, y grandes penachos de plumas en la cabeza- le dijo a don Pedro que ya sabían ellos, por sus antepasados, que una gente blanca les habría de sujetar. Que él venía a ofrecerse para obedecerle y servirle. Que los sucesos de la mañana habían sido debidos a su ignorancia de nuestras pacíficas intenciones con todos ellos.

El cacique aseguró que, efectivamente, una gran señora reinaba en el este, cerca de las montañas.

EL ORO DE LOS SUEÑOS, J.M. MERINO